

TEMA XIII.- EL RÉGIMEN DE LA RESTAURACIÓN 1875-1902):

El periodo que se inicia en 1875 está presidido por la restauración de la monarquía, y más en concreto de la dinastía borbónica. Con ella vuelven también algunas de las características que habían presidido la etapa anterior al Sexenio Democrático, sobre todo en lo que respecta al dominio político real de una elite constituida por los dirigentes de los grandes partidos, ahora llamados *Conservador* y *Liberal*, y que son los herederos de los viejos grupos moderados y progresistas. Hasta 1902, año del inicio del reinado de Alfonso XIII, transcurre una larga época presidida por la Constitución de 1876 y su funcionamiento adulterado por la manipulación electoral y el caciquismo, una etapa que se verá duramente alterada, en su monótono discurrir, por la sacudida de la guerra de Cuba y el *desastre* de 1898.

1) El sistema canovista. La Constitución de 1876 y el turno de partidos

Tras el golpe del general Pavía y la disolución de las Cortes, en enero de 1874, se estableció un régimen militar bajo la presidencia del general Serrano. Este formó un gobierno compuesto por demócratas radicales y militares, que concentró todo su esfuerzo en sofocar los últimos focos cantonalistas, hacer frente a los carlistas en el Norte y volver a establecer el orden y el control del país desde el poder central. Se fueron eliminando los últimos reductos de oposición republicana, mientras los grupos burgueses y las clases medias se iban incorporando paulatinamente a la causa alfonsina, representada ya oficialmente por Antonio Cánovas del Castillo. .

El 1 de diciembre de 1874, por inspiración de Cánovas, Alfonso XII firmaba el *Manifiesto de Sandhurst*, en el que el futuro Rey garantizaba una monarquía dialogante, constitucional y democrática, y una voluntad de integrar en su nuevo régimen buena parte de los progresos políticos del Sexenio. Cánovas preparaba así la vuelta a la Monarquía de manera pacífica y sin intervención militar. Pero los generales monárquicos Martínez Campos y Jovellar se le adelantaron y se pronunciaron el 29 de diciembre en Sagunto a favor de la Monarquía. El gobierno no opuso resistencia y, ante los hechos consumados, aunque disgustado por el procedimiento, Cánovas formó un gabinete de regencia el día 31 y comunicó a Alfonso XII, entonces en París, su proclamación como Rey.

El 9 de enero el propio Monarca, a su llegada a España, ratificó su confianza en Cánovas, quien, en los meses siguientes, emprendió una acción de gobierno encaminada a conseguir tres objetivos: la adaptación del régimen a la realidad política y la eliminación de las decisiones más radicales del Sexenio; la gestación de una nueva Constitución acorde con los principios antes indicados; y la pacificación, afrontando las dos guerras abiertas, en el Norte y en Cuba.

a) El sistema canovista

Para Cánovas, historiador, profundamente convencido de las raíces históricas de la Monarquía y de las Cortes, el régimen político debía cumplir dos objetivos. En primer lugar, asentar firmemente la Monarquía como forma del Estado, fuera de toda discusión y por encima de las leyes e incluso de la Constitución. Para él, la Monarquía era consustancial a la

historia de España y formaba el pilar básico en que se asentaba el país; debía recuperar, por tanto, el prestigio perdido durante el reinado de Isabel II. Pensaba en una Monarquía que compartiera la soberanía con las Cortes, que dispusiera de amplias competencias y, sobre todo, que desempeñara un papel protagonista en la vida política.

En segundo lugar, el marco constitucional debía fundarse en una filosofía política ecléctica. Se trataba de crear un sistema que fuera igualmente válido para los antiguos moderados, unionistas, progresistas y demócratas, con la sola condición de que aceptaran la Monarquía y la alternancia en el gobierno. Quería conseguir una Constitución que durase, que permitiera gobernar a partidos distintos y que acabara con el *pronunciamiento* como vía para la toma del poder.

Este último aspecto preocupaba especialmente al dirigente conservador. El Ejército debía volver a los cuarteles y cumplir su misión constitucional. Para ello, había que garantizar el mantenimiento del orden social, así como la posibilidad de acceso pacífico al gobierno, a través del sufragio, para todos los partidos integrados en el sistema. Los generales debían abandonar la vida política, y de hecho lo consiguió, aunque al principio tuviera que rodearse de militares, ante la situación de guerra en el Norte y en Cuba. La actitud del rey le ganó el apoyo de los cuarteles y permitió a Cánovas edificar un sistema político exclusivamente civil, ajeno a la actuación del Ejército.

El régimen de la Restauración tuvo un marcado tinte conservador, tanto en el terreno de la política como, sobre todo, en materia social y económica. De hecho, la práctica política fue más conservadora que la propia Constitución. Las razones de ese conservadurismo están en la misma raíz de la Restauración, puesto que, como señala el profesor Jover, tres fueron los motores del cambio: los monárquicos alfonsinos, los hombres de negocios y los mandos militares. Todos ellos compartían unos intereses y una visión comunes: la defensa del orden social y de la propiedad, la Monarquía como garantía de estabilidad, la identificación de la República con la anarquía y la subversión, y la de la unidad de la patria con el mantenimiento de las colonias.

Esa visión de la política era compartida también en las ciudades y en el campo por las clases medias, que identificaron los años del Sexenio con la crisis económica, la anarquía y el miedo a las revueltas ya los movimientos obreros. Por eso, aunque esas clases no participaron de hecho en la vida política, el nuevo régimen gozó de un amplio respaldo. La elevada abstención, ya desde las primeras elecciones, era el resultado de la aceptación tácita del nuevo rumbo y del cansancio del país tras el fracaso de los diferentes ensayos de los años anteriores. Un cansancio que, unido a la represión ya la restricción de las libertades, explica también la desmovilización de las asociaciones obreras y de los campesinos en la segunda mitad de los años setenta.

La gestación de la Constitución se inicia ya en 1875 al margen de las Cortes. Una asamblea de ex senadores y ex diputados monárquicos, elegidos por el propio Cánovas, encargó en mayo la elaboración de un borrador a una comisión encabezada por Manuel Alonso Martínez. El texto recogía el proyecto político de Cánovas; de hecho, la reunión de notables fue el origen del Partido Liberal Conservador, inspirado por él mismo.

En diciembre se convocaron elecciones a Cortes Constituyentes por sufragio universal, tal como establecía la carta vigente de 1869, en un nuevo intento de respetar al máximo la legalidad. En la práctica, sin embargo, las elecciones fueron ya manipuladas desde el Ministerio de la Gobernación, para asegurar una amplia mayoría a los candidatos canovistas e inaugurar así lo que sería la práctica electoral típica de la Restauración. Con una elevadísima abstención, superior al 45%, 331 de los 391 diputados elegidos eran gubernamentales. No es extraño, pues, que meses después el texto presentado por Cánovas fuera aprobado sin grandes cambios.

La Constitución de 1876 pretendía ser una síntesis de los textos de 1845 y 1869. Establecía un sistema político que habría de permitir el ejercicio del gobierno a todos los partidos que aceptaran el sistema liberal y la Monarquía. Por eso era un texto de contenido ecléctico, con el objeto de permitir gobernar de manera estable a todas las tendencias y de alejar el *retraimiento político* y los pronunciamientos. Que su inspiración fuera fundamentalmente doctrinaria y conservadora no excluye que recogiera aspectos de la Constitución de 1869, para adecuar el funcionamiento del régimen a los nuevos tiempos.

Los principales aspectos del texto son los siguientes:

a) La soberanía es compartida, la potestad legislativa reside en «*las Cortes con el Rey*». b) La declaración de derechos y deberes es prolija, y recoge casi todas las conquistas de 1869. Pero, como en 1845, su concreción se remite a las leyes ordinarias, y éstas, en su mayor parte, tendieron a restringirlos, especialmente los derechos de imprenta, expresión, asociación y reunión.

c) El poder legislativo corresponde a las Cortes y al Rey, ambos con iniciativa legal, y la Corona tiene la potestad de sancionar las leyes, de vetar por una legislatura una Ley y de disolver las Cámaras, en cuyo caso debe convocar nuevas elecciones en un plazo máximo de tres meses.

d) Las Cortes son bicamerales, con una Cámara Alta compuesta de tres tipos de senadores: por derecho propio, por designación real y elegidos por las corporaciones y los mayores contribuyentes. Los diputados del Congreso son elegidos por sufragio directo, pero la Constitución no fija el sistema de votación, por lo que será el partido gobernante el que decida, a través de la ley electoral, si el sufragio debe ser censatario o universal.

e) El poder ejecutivo lo ejerce la Corona a través de los ministros, que responden ante las Cámaras. El Rey elige libremente al Jefe del Gobierno y no es responsable ante las Cortes.

f) El poder judicial queda reforzado en su independencia y se reafirma la unidad de códigos, al quedar suprimidos los fueros vascos.

g) Ayuntamientos y Diputaciones quedan bajo control gubernamental. Se remite su funcionamiento a leyes orgánicas, unas leyes que posteriormente los desarrollarán en sentido conservador y centralista.

h) La cuestión religiosa fue una vez más polémica. Se resolvió mediante el reconocimiento de la confesionalidad católica del país y la garantía del sostenimiento del culto y clero. A cambio, una ambigua libertad de creencias permitía otros cultos sólo en cuanto respetaran la moral católica, y quedaban prohibidas sus manifestaciones públicas.

Como puede verse, predominaba un talante conservador, aunque se intentaba establecer un sistema lo suficientemente flexible como para permitir el acuerdo de los grupos políticos y, por tanto, garantizar la durabilidad del régimen.

c) El turno de partidos

Todo el sistema político ideado por Cánovas, inspirado en el modelo parlamentario inglés, se traducía en la realidad en una auténtica farsa:

.La alternancia pacífica en el poder de los dos partidos se convirtió, de hecho, en cambios de gobierno pactados de antemano entre ellos: era el turno de partidos.

. No eran los resultados electorales los que definían las mayorías y, por consiguiente, quiénes deberían gobernar; sino por el contrario, una vez acordado el cambio de gobierno, se convocaban elecciones, y se amañaban para que arrojaran resultados favorables al nuevo partido que iba a gobernar: era la práctica del caciquismo.

I. El turno de partidos:

En los años ochenta la mayor parte de los partidos políticos existentes se acabaron integrando en uno de los dos grandes partidos: *el Conservador* de Cánovas o *el Liberal* de Sagasti. Ambos estaban más próximos entre sí de lo que aparentaban, incluso en el ámbito ideológico. Y, desde luego, ambos aceptaban el juego trucado en el que se habían convertido los cambios de gobierno con el sistema de turno pacífico. El procedimiento consistía en lo siguiente:

- a) Los partidos se relevaban en el poder de manera pacífica y se concedían plazos razonables de gobierno.
- b) Ambos aceptaban los cambios de cierta importancia realizados por el partido en el poder, y se comprometían a mantenerlos cuando fueran ellos los que gobernarán.
- c) Cuando un partido consideraba que le había llegado el momento de gobernar o, incluso, de dejar el gobierno y pasar a la oposición, lo pactaba con el otro partido y con el rey.
- d) El rey, de acuerdo con la Constitución, mandaba formar gobierno al nuevo partido, disolvía las Cortes y convocaba nuevas elecciones que, debidamente manipuladas, proporcionaban la mayoría necesaria para gobernar.
- e) El partido saliente se convertía en la oposición y esperaba su turno para volver a gobernar.

El Partido Conservador acaparó el poder en los primeros años del régimen (desde 1875 a 1881) y los aprovechó para aplicar su programa, que esencialmente consistió en la consolidación del sistema canovista.

A partir de 1881, con el primer gobierno del Partido Liberal, comenzó a funcionar verdaderamente el sistema del turno y se alternaron en el poder Cánovas y Sagas.. El partido liberal cumplió lo esencial de su programa hasta 1890: liberalizó la legislación política con medidas como la Ley de Asociaciones o el restablecimiento del sufragio universal.

En la última década. del sigJo, las diferencias entre un partido y otro apenas era ya perceptibles en sus programas políticos. Solo había sutiles diferencias de talante en el ejercicio del poder: los liberales eran más tolerantes con la oposición real (obreros o republicanos), mientras que los conservadores eran más propensos ala represión y mantenimiento del orden.

2. El caciquismo: Aunque la verdadera opinión del cuerpo electoral no 'importaba en absoluto, la farsa, para ser completa, debía ser legitimada por la voluntad nacional, expresada a través del sufragio. Aquí intervenía un nuevo entramado de corrupción que tenía su principal protagonista en el Cacique.

Ya hemos estudiado cómo los cambios de gobierno se pactaban de antemano y después se amañaban las elecciones mediante métodos fraudulentos. Tanto el Partido Conservador como el Liberal tenían su propia red organizada para asegurarse, cuando les correspondiese el turno, los resultados electorales adecuados. Dicha red tenía la siguiente estructura:

. En Madrid estaba la oligarquía o minoría política dirigente, integrada por los altos cargos políticos y personajes influyentes de ambos partidos (ministros, senadores, diputados, propietarios de periódicos, etc.) y vinculada a las clases dominantes (terratenientes, alta burguesía, etc.).

. En las capitales de provincia la figura clave era el gobernador civil. .Por último, en las comarcas, pueblos y aldeas se encontraban los caciques locales, que eran personalidades de la localidad o de la comarca con poder e influencias, bien por su riqueza económica, bien por su prestigio o sus contactos, de forma que podían controlar a mucha gente que dependía de ellos (para encontrar trabajo, para una recomendación, etc.)

Con esta estructura se organizaba el fraude electoral de arriba abajo, bajo la coordinación del propio ministro de la Gobernación:

Desde Madrid los oligarcas transmitían las instrucciones a los gobernadores civiles de cada provincia. .Éstos elaboraban la lista de los candidatos que habían de salir elegidos en cada localidad -los *encasillados*-, y se lo comunicaban a los caciques .locales.

. Los caciques locales constituían el último eslabón de la cadena y se encargaban de la manipulación directa de los resultados electorales por los más variados procedimientos.(actitudes paternalistas, pucherazos o violencia).

Evidentemente, la capacidad de manipulación y fraude era mucho menor en las ciudades que en el medio rural, donde las viejas fórmulas de dominación feudal todavía pervivían, aunque modificadas, en los nuevos mecanismos de control de los terratenientes sobre los campesinos.

En conclusión, el sistema político implantado por la Restauración era una fachada institucional para ocultar el verdadero control del poder -económico, social y político- por parte de una reducida oligarquía. Por consiguiente, la sustitución del inicial sufragio censitario, establecido por el Partido Conservador en 1878, por el sufragio universal masculino, implantado por el Partido Liberal en 1890, apenas tuvo ningún tipo de consecuencias.

2) La oposición al sistema. Regionalismo y nacionalismo

Los grandes movimientos sociales, como el movimiento obrero y campesino, por un lado, y los regionalismos y nacionalismos, por otro, quedaron fuera del sistema político de la Restauración y acabaron destruyéndolo debido a su incapacidad para integrarlos. También el republicanismo y el carlismo. De todos ellos solo estudiaremos el regionalismo y nacionalismo, pues el movimiento obrero lo hemos visto en el tema anterior.

El origen de los regionalismos y nacionalismos como movimientos políticos debe buscarse en la negativa del sistema a asumir otros intereses que no fueran los de la oligarquía agraria, financiera e industrial que actuaba en Madrid.

El catalanismo

Ya desde los años treinta, en el contexto del Romanticismo, se había iniciado en Cataluña el movimiento literario y cultural conocido como *Renaixensa*, cuyo nombre denotaba por sí el mismo espíritu de recuperación de la lengua y cultura catalanas que lo animaban. El movimiento culminante de lo que todavía era un movimiento de carácter cultural llegó con la restauración de los Juegos Florales de 1859.

Aunque durante el Sexenio Democrático el sector intransigente de los republicanos federalistas trató de implantar un Estado catalán, no se puede hablar de catalanismo como movimiento político hasta la Restauración. El primer manifiesto fue *Lo Catalanisme* (1886), obra en la que Almirall, antiguo republicano federalista, apostaba por un catalanismo interclasista y aglutinador que luchara por una autonomía política y por la defensa de las señas de identidad catalanas.

Pero el ideólogo y organizador del catalanismo fue Prat de la Riba, que sería uno de los inspiradores de la *Lliga Regionalista* Catalana. La Lliga nació en 1901 como resultado de la fusión de otros partidos anteriores. Era un partido conservador, que aspiraba a la autonomía de Cataluña. Su base social eran las clases medias y altas, sobre todo las vinculadas a la industria catalana. Durante las dos primeras décadas del siglo XX fue el principal partido de la vida política catalana.

El nacionalismo vasco

El nacionalismo vasco no tuvo su origen, como el catalán o el gallego, en la defensa de la lengua y cultura vascas, sino a otras causas. Entre ellas al rechazo de una industrialización que estaba transformando la sociedad tradicional vasca, especialmente

(como consecuencia de una inmigración masiva de trabajadores de origen castellano, andaluz o gallego frente a la que el nacionalismo mantuvo una actitud xenófoba, acentuando su antiespañolismo. Por otro lado, la derrota del carlismo y la abolición de los fueros en 1876, hizo de su defensa la principal reivindicación de esos sectores nacionalistas, mitificando estas leyes e idealizando una supuesta independencia vasca en el pasado, totalmente falsa.

Con estos ingredientes ideológicos, en 1894 Sabino Arana fundó el Partido Nacionalista Vasco (PNV), de raíces carlistas y claramente conservador, expresión de los intereses agrarios y de la pequeña burguesía tradicionalista de Bilbao. Su lema "Dios y fueros". Al principio su apoyo social fue escaso debido a su radicalismo antiespañol e independentista, su rancio tradicionalismo agrario y su limitación al entorno vizcaíno. Desde comienzos del siglo XX evolucionó hacia posiciones más moderadas para lograr una mayor influencia entre la población vasca.

El regionalismo gallego

Tiene también un componente cultural y lingüístico, como el catalán. Como éste contó con un movimiento de carácter cultural, *O Rexurdimento*, con unos tímidos planteamientos políticos. En 1889, Murguía, esposo de Rosalía de Castro, fundó la Asociación Regionalista Galega, de marcada tendencia tradicional y menor implantación política que los otros nacionalismos. Con ella el galleguismo político inició su andadura.

2) El problema de Cuba

Tras la independencia de las colonias americanas, solo Cuba y Puerto Rico quedaron en manos de España, además de Filipinas. El surgimiento de un movimiento autonomista se remonta a los últimos años del reinado de Isabel II. De 1868 a 1878 se desarrolla en Cuba la llamada Guerra de los diez años, que solo pudo sofocarse la Restauración, con el envío del general Martínez Campos al mando de 25.000 soldados. Éste utilizando la mano dura y la negociación logró sofocar el conflicto con la llamada Paz de Zanjón (1878), en la que se le ofrecían algunas mejoras, como una amplia amnistía a los insurrectos y unas ciertas mejoras de las condiciones políticas y administrativas de la isla. Un año después estalló una nueva revuelta, conocida como la guerra Chiquita, que fue rápidamente sofocada.

Sin embargo, la ausencia de la más mínima autonomía, pues los políticos españoles se negaban a conceder a Cuba ningún tipo de autonomía, volvería años después a reiniciar el conflicto. El problema es que, por esa razón, entre los cubanos cada vez había menos partidarios de la autonomía y más de los inclinados a la independencia. En 1895 estalló la revuelta, bajo la dirección de José Martí, dirigente e ideólogo del Partido Revolucionario Cubano, y los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo: comenzaba así una nueva guerra, que tendría un fuerte contenido revolucionario.

España envió nuevamente al general Martínez Campos, que dimitió al no aceptar la política de represión que le exigía el gobierno, el cual envió al general Weyler, representante de una línea dura y sin contemplaciones. En 1897 fue sustituido, retomándose una estrategia de negociación. Pero lo que verdaderamente hizo cambiar el

curso de la guerra fue la intervención de los Estados Unidos, que cada vez tenía más intereses económicos en la isla. La voladura accidental, sino fue provocada por los propios americanos, del acorazado Maine, en 1898, sería utilizada por éstos como *causus belli*, obligando a España a una guerra en unas condiciones muy desiguales. La flota española del almirante Cervera fue aniquilada en Santiago de Cuba, mientras tropas americanas invadían Cuba y Puerto Rico. Algo semejante ocurrió en Filipinas, islas en las que desde años antes había movimientos independentistas, que aprovecharían la situación creada en 1898 con la derrota de España para incrementar su actividad independentista.

España, sin aliados europeos, no tuvo más remedio que capitular en agosto de 1898, y firmar la Paz de París en diciembre de ese año. Por ella perdía Cuba, y cedía a USA Puerto Rico y Filipinas, esta última a cambio de 20 millones de dólares.

Esta guerra, que supuso muchos miles de muertos para España, además del fin de su imperio colonial, sumió al país en un estado de pesadumbre, no por las pérdidas económicas que fueron pocas, sino porque quebró la confianza del pueblo en los políticos, debilitó el sistema de la Restauración y provocó una crisis de la conciencia española, que se manifestará tanto en la literatura -generación del 98-, como en el regeneracionismo.

4) El 98 y sus repercusiones.

La pérdida del imperio de ultramar fue considerada un desastre tanto militar como diplomático, sobre todo porque desde la prensa y los pulpitos se había propagado desmedidamente la creencia en la superioridad militar española. A pesar de ello, la derrota, que costó a España unos 120.000 muertos, no provocó ningún cambio político, aunque afectó gravemente al sistema de la Restauración y dio alas a los nacionalismos. Mayor desprestigio fue el del ejército, que buscó resarcirse del mismo con una política agresiva hacia el norte de África. El africanismo sustituyó al colonialismo ultramarino y al "recogimiento" diplomático.

No hubo tampoco graves pérdidas materiales y económicas; todo lo contrario, la repatriación de capitales favorecería los negocios en la propia metrópoli. La crisis del 98 fue más bien de índole psicológico e intelectual. Dejando a partir la vertiente literaria del 98, con la eclosión de la generación de este nombre (Unamuno, Machado, Valle Inclán, Baroja, Maeztu, etc.), el mayor interés se centra en el *Regeneracionismo*. Fue éste un movimiento reformista que defendía la moralización de la gestión pública, la reforma del Estado, el fomento de la riqueza, el impulso a la enseñanza y el olvido de las glorias del pasado. Sus principales impulsores fueron Joaquín Costa, Macías Picabea, Julio Senador, etc.